

UN PUEBLO QUE PREFERE UN ESTADO PATERNALISTA ANTES QUE SU
LIBERTAD, SOLO PUEDE CAMINAR HACIA EL TOTALITARISMO.

LA TENTACIÓN TOTALITARIA

Este libro sigue la senda de ese hilo negro llamado «tentación totalitaria». De cómo la presente izquierda se ha encontrado con la ocasión histórica oportuna para satisfacer el impulso de su ideología: establecer un sistema iliberal con apariencia democrática, aprovechando la crisis provocada por la pandemia.



ALMUDENA NEGRO
JORGE VILCHES

¿Mostró el Gobierno socialcomunista de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias una deriva autoritaria desde el inicio de su legislatura? ¿La pandemia le ofreció la oportunidad de acumular todo el poder para cambiar el régimen por la puerta de atrás, constituirse como casta política hegemónica y transformar la sociedad para gobernar en exclusiva? Los autores, la periodista y diputada de la Asamblea de Madrid Almudena Negro y el politólogo Jorge Vilches, están convencidos de ello. Afirman que se trata de la tentación totalitaria que acompaña a toda ideología izquierdista y enumeran los pasos del citado proceso: colonización del Estado y sus instituciones, cambio de leyes y códigos para satisfacer a sus socios «golpistas» e independentistas, asunción del discurso contra el orden constitucional, marginación a la oposición hasta tildarla de enemiga de la voluntad general y de la propia democracia, control de los medios de comunicación así como de la educación, erradicación de la independencia del poder judicial, ataque a la Corona y exhalación de un discurso violento y, en ocasiones, «guerracivilista».

«Estas páginas son un aviso para navegantes: ni es oro todo lo que reluce ni democracia todo lo que busca la izquierda.» Cristian Campos, jefe de Opinión de *El Español*.

«Los autores desgranar de forma lúcida el *modus operandi* de esta nueva generación de autócratas y los peligros que se ciernen sobre la democracia española y nuestro sistema de libertades. Imprescindible.» Guadalupe Sánchez, abogada y columnista de *Vozpópuli*.

«A cada generación le tienta su propio camino de servidumbre. El de hoy se camufla bajo la maleza del relato populista y el discurso identitario. Negro y Vilches nos conducen por esa selva, machete en mano, y al final nos señalan

a tiempo la cascada.» Jorge Bustos, jefe de Opinión de *El Mundo*.

*A Begoña, mi madre, que un día, siendo muy
niño y tirando de un
bolsillo vacío, me metió en una librería.*

(JORGE)

A mi padre, por todo.

(ALMUDENA)

Nuestra generación da la libertad por segura y ni advierte de dónde amenaza el peligro ni tiene valor para liberarse de las doctrinas que la comprometen.

FRIEDRICH A. HAYEK, *Camino de servidumbre*

INTRODUCCIÓN

El totalitarismo, lejos de ser ese monstruo que amenaza a la democracia desde el exterior, es el huésped no deseado que llama continuamente a la puerta.

SIMONA FORTI, *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, 2008

Este libro habla de la tentación totalitaria, de cómo la izquierda se encontró con la ocasión histórica de satisfacer el impulso de su ideología: establecer un sistema iliberal con apariencia democrática, aprovechando la crisis provocada por la pandemia de la COVID-19. Los totalitarios rentabilizan la necesidad que muestra la gente de un poder omnímodo, paternalista, salvífico que solucione los problemas de una crisis aun a costa de la libertad personal, la información y el equilibrio institucional. La seguridad se convierte para la gente común en la primera necesidad en momentos críticos, y el resto de principios y de condiciones pierden consideración o pasan a un segundo plano^[1].

El Gobierno socialcomunista quiso utilizar el miedo como una distracción y una excusa para legislar lo propio de los sistemas totalitarios: reglamentar las costumbres privadas, limitar la pluralidad política a patriotas y traidores, eliminar los contrapesos al Ejecutivo y anular la libertad de información. Al tiempo, quiso convertir a los españoles en una sociedad dependiente económicamente del Gobierno.

En definitiva, la izquierda quiso utilizar el sentimiento de servidumbre voluntaria en tiempo de crisis mortal. Sus formas autoritarias fueron el aviso de que se había activado la tentación totalitaria del socialismo.

Eso no hubiera sido posible si el sistema del 78 no hubiera estado dañado, y si la ideología izquierdista y el nacionalismo no hubieran colonizado la educación, la cultura y los medios de comunicación desde hace cuarenta años. La sociedad española estaba preparada para vivir la deriva autoritaria como si fuera una necesidad de los tiempos, una obligación para progresar o sobrevivir. El nuevo totalitario es más eficaz que el antiguo porque envuelve su maniobra en el democratismo; es decir, en hacer que los ciudadanos queden satisfechos porque delegan su soberanía a través de las elecciones, y, en consecuencia, piensen que el Gobierno tiene el deber y el derecho a reglamentar, controlar, corregir y prohibir.

Un Gobierno omnipotente era ya para muchos una obligación histórica. Era la conclusión lógica de la época de los colectivismos fomentados por el poder donde el individuo no existe salvo como parte de un grupo que le proporciona identidad y derechos, y siempre enfrentado a otros colectivos. Era la deriva lógica del intervencionismo creciente, del estatismo, que invade las esferas privada y pública, las creencias y el comportamiento, bajo una moral estricta vigilada por el Estado. ¿Quién no ha oído en los últimos tiempos la frase: «Cada día somos menos libres»?

La comodidad de ser tutelados por el Estado daba una falsa sensación de libertad. Somos libres si cumplimos con el papel que espera el Gobierno de nosotros para satisfacer un supuesto bien común. El intervencionismo y el estatismo eran la confirmación de la bondad del socialismo, donde el Estado consiste, escribió Mises, en tener la «tarea de guiar a sus ciudadanos y de mantenerlos bajo tutela»^[2]. El estatismo ha hecho que se confunda el «bien común» con «lo público»^[3], dejando al individuo y su interés como

algo espurio en una sociedad dominada por una moral cada vez más colectivista. Educar, corregir y asignar para proteger a las personas de sí mismas, que es la idea-fuerza de la ingeniería social.

España y Occidente van en ese camino desde hace tiempo. Tocqueville escribió que la igualdad puede suscitar un impulso hacia la anarquía, y otro en sentido contrario, «más largo y más oculto», hacia la servidumbre. Al primer destino los pueblos se resisten, dijo el pensador francés. En cambio, se dejan arrastrar al segundo sin darse cuenta^[4]. En el mismo sentido, Talmon señaló que la degeneración de la igualdad y de la democracia producía el totalitarismo; esto es, que la búsqueda de la uniformidad material de la sociedad y el revestir la arbitrariedad con el manto de la voluntad general, conducían a la eliminación de la libertad y al gobierno omnipresente. Es la «democracia totalitaria»^[5], un concepto anterior al siglo XX, señalaba Talmon, que proviene de la Ilustración pasada por la Revolución francesa, cuando la ingeniería social, iluminada por la idea del progreso, convertida en idea rectora de la religión secular, trató de inaugurar una nueva era, con un hombre y una sociedad nuevos.

La izquierda heredó de los jacobinos esa interpretación de la Ilustración, consistente en la obsesión por corregir al hombre para conseguir la sociedad perfecta. Ese era el camino del progreso al que debía sacrificarse todo: la naturaleza humana y la libertad. Es el constructivismo que señalaba Hayek, tan distinto del garantismo del mundo anglosajón. Es la diferencia entre concebir un régimen para construir un proyecto social, o pensarlo para salvaguardar la libertad frente a la injerencia voraz del Gobierno. El socialismo es destruir para construir. De ahí que todo proyecto socialista contiene una tentación totalitaria, el deseo de moldear las ideas, las creencias y las costumbres de los hombres para ajustar todo a su ideología. En ese camino a la

parusía, al reino de Dios en la Tierra, la izquierda no duda en eliminar libertades, derechos y pluralismo, o en recurrir a la represión o la fuerza. Eso se debe a que el socialismo es, en cualquiera de sus acepciones, lo que llamaban Karl Mannheim y luego Daniel Bell una «ideología total»; es decir, un conjunto mezclado de creencias y pasiones, de moral con vocación exclusivista, «que busca transformar la totalidad de una forma de vida»^[6]. Su política está siempre comprometida con su ideología, por esa razón su «causa» es la transformación del hombre y de la sociedad. Daniel Bell señalaba, entre otros, que el socialismo es una «religión secular» que tiene la vocación totalitaria de eliminar a la competencia y uniformizar todo.

El totalitarismo está en la esencia de la ideología socialista de los partidos que conforman el Gobierno del PSOE con Unidas Podemos^[7]. Entendemos, como Hannah Arendt, que el autoritarismo es el uso del poder del Estado para obtener obediencia y acallar a la oposición, por encima de la libertad y la separación de poderes. Esto ha pasado en España cuando se formó dicho Gobierno en enero de 2020. El totalitarismo, y aquí seguimos a Arendt y Aron, es una vuelta de tuerca del autoritarismo; es decir, no solo se utiliza el aparato estatal con su entramado educativo, cultural y los medios de comunicación para conseguir la obediencia ciega y el silencio de la oposición, sino que se trata de transformar la realidad para recrear una ideología. Friedrich y Brzezinski, en su clásico *Dictadura totalitaria y autocracia* (1956), resaltaron la importancia que tiene la ideología en el totalitarismo para lograr un «hombre nuevo», extirpando todo obstáculo para moldear esa persona de modo que encaje en la sociedad perfecta, ya fueran ideas, creencias o costumbres. Ese mito del «hombre nuevo» es, como ha escrito Dalmacio Negro, lo que caracteriza «el totalitarismo de las actuales sociedades europeas»^[8].

Ese propósito de transformación del hombre para crear una sociedad nueva, una comunidad perfecta y justa según su ideología está en la esencia del socialismo^[9], que vio en la pandemia una oportunidad para hacerlo. La ocasión perfecta para dar rienda suelta a la tentación totalitaria. No solo había una deriva autoritaria en el sanchismo apoyado por Podemos y sus socios independentistas, sino que las medidas para paliar la COVID-19 dejaron ver claramente la intención de los socialcomunistas. ¿Cómo perder la ocasión de regular la expresión del pensamiento y las costumbres privadas para transformar la realidad en una «nueva normalidad», para borrar la separación entre Estado, Gobierno y sociedad? Esa ocasión fue propiciada por la atmósfera autoritaria del Estado minotauro del que hablaba Jouvenel, que crece prometiendo protección a cambio de la libertad. Como decía este pensador francés, la democracia, tal y como la practicamos, «reglamentadora y absolutista», es el periodo de «incubación de la tiranía»^[10].

La mentalidad totalitaria vive del conflicto político, de crearlo y maximizarlo, pero pretende acabar con él para crear un hombre nuevo en una sociedad homogénea^[11]. Es la diferencia con la democracia liberal, que es consciente del pluralismo inherente a la sociedad civil, vive ciertamente del conflicto, pero busca su disminución a través del acuerdo, no de la eliminación del otro. El totalitario sueña con la totalidad; esto es, con la uniformidad, pero como tal cosa es imposible porque va contra la naturaleza del hombre acaba siempre fracasando. Julien Freund señalaba al respecto que esa atrofia de la política que es el totalitarismo pretende desfigurar el Estado, bastardearlo, utilizar sus facultades en beneficio de un partido. Por eso los totalitarios lo colonizan hasta el punto de que no es posible distinguir dónde acaba el Gobierno o el Partido y dónde empieza el Estado. La administración se instrumentaliza para ejecutar la legislación que confunde lo público con lo privado,

quitando a este último ámbito lo que tiene de definición humana y personal, y convirtiéndolo en algo político bajo la moral obligatoria. Esa es, decía Freund, la diferencia entre la mentalidad totalitaria y la liberal: la separación entre público y privado, entre lo social y la intimidad. Como decía David Hume, la costumbre guía a la razón. Tal es la causa de que socialistas y comunistas traten siempre de legislar las costumbres privadas. Es la clave de su mentalidad totalitaria.

La tentación totalitaria es el deseo de aprovechar la crisis espiritual e intelectual de estos tiempos, y el asentamiento de la religión política nacida en Mayo del 68, para imponer un régimen que regule el pensamiento y las costumbres con el fin de recrear una ideología. Esta tentación precisa una gran crisis que haga necesaria la expansión del intervencionismo estatal, y la pandemia ofreció esa oportunidad. En ese momento, la tentación se hizo carne convirtiendo la mentira en verdad mediante la manipulación de la realidad, desinformando, acallando a la oposición apelando al patriotismo, controlando los medios de comunicación y aprovechando la concentración de poder para colonizar el Estado y regular sobre materias ajenas a la lucha contra el virus.

La pandemia de la COVID-19, agravada por la negligencia del Gobierno, permitió dar una vuelta de tuerca hacia un régimen autoritario con apariencia democrática. En concreto, PSOE y Unidas Podemos mostraron en la era de la posverdad que la mentira es revolucionaria, como dijo Lenin. Probaron que mentir no tiene coste electoral ni político cuando al receptor, acostumbrado a la mentira como el lenguaje de la política, no le importa la verdad, sino tener razón o acallar a sus enemigos. En ese tiempo, el ejecutivo socialcomunista trató además de eliminar la capacidad del legislativo para fiscalizar su acción, maniatar al poder judicial y anular a la Corona. También intervino los medios de información para controlar la percepción general sobre la

crisis y las iniciativas del Gobierno. Envolvieron todo en un nuevo lenguaje, una práctica izquierdista muy practicada por Podemos, para asentar esa percepción de la realidad. Intentaron incluso bautizar el plan totalitario de ingeniería social como «nueva normalidad».

La deriva autoritaria fue muy rápida. Con la excusa de restaurar el orden se pasó de una «dictadura comisarial» — una asunción temporal de poderes propiciada por la declaración del estado de alarma— a una «dictadura soberana» para cambiar el régimen por la puerta de atrás^[12]. Esta política generó mucha tensión en las calles, tal y como deseaba la izquierda, porque el conflicto y la crisis le dan la excusa perfecta para sus políticas. Los aplausos dejaron sitio a las caceroladas, las manifestaciones y los escraches, acompañadas de insultos y alguna agresión.

La tentación totalitaria no ha terminado. Ni siquiera el fondo prometido por la Unión Europea para reactivar la economía española ha conseguido eliminarlo del todo. Ahí siguen el estatismo, el colectivismo y el intervencionismo como guías de una sociedad cada día menos libre. Esto es lo que ha motivado este libro que, más allá de ser una crónica de la pandemia, de la que ya existen obras, es un análisis político de lo que en realidad es la izquierda: intolerancia, agresividad y totalitarismo; de cómo mostró su verdadera cara cuando vio la oportunidad para cumplir su sueño: un régimen propio. Todo poder político no liberal sueña con esa oportunidad porque facilita la obediencia y asegura la continuación en el poder. Es una forma de construir un orden político de sumisión voluntaria a un Gobierno acaudillado por un líder ajeno a las mundanas escaramuzas de la democracia.

La tentación totalitaria es intrínseca al poder político que, decía Michael Foucault, «tiende a ejercer un control preciso sobre todo y sobre todos»^[13]. Esa pulsión totalitaria a la omnipresencia controladora estuvo, y está, en el populismo comunista del Gobierno que constituyeron Sánchez e

Iglesias. El propósito era diseñar la sociedad al milímetro, pastorear sus acciones, emociones y creencias, la información que configuraba la interpretación del presente y el proyecto para el futuro, sin límites institucionales ni oposición política. Es el pulso totalizador, controlador y exclusivista, eso que Todorov llama «lepra del alma». Ya escribió Julien Freund que la mentalidad totalitaria no tolera oposición alguna, «con independencia de que logre suprimirla enteramente». De ahí la obsesión del Gobierno socialcomunista de ser la oposición de la oposición, y la virulencia de sus ataques a todo aquel que osara criticar sus decisiones o no las aceptara ciegamente. Incluso cuando la oposición aprobaba las medidas gubernamentales recibía insultos. Esa intolerancia está en su esencia política.

Al hablar de tentación totalitaria no buscamos análisis comparativos con el nacionalsocialismo o el comunismo del siglo XX, que respondieron a una época concreta. Estamos mostrando señales de lo viejo que ha adquirido formas nuevas. Es un totalitarismo con apariencia democrática, que propaga la idea de que existe una identidad de intereses del Estado, el Gobierno y la sociedad. Con esto se consigue que la gente se ponga al servicio del proyecto político marcado de forma unilateral por dicho Gobierno, sacrificando así totalmente su libertad. No cabe la disidencia, que es tachada de traición al Gobierno, al Estado y al pueblo. Es lo que vio Tocqueville: un nuevo tipo de despotismo con apariencia democrática, en el que los ciudadanos «se consuelan de su tutelaje pensando que son ellos mismos quienes eligen a sus tutores»^[14].

Los totalitarios necesitan una población que ceda al espíritu de la dictadura, que crea que la democracia falla o es secundaria frente a la protección que otorga un Gobierno todopoderoso y omnipresente. Escribía ya en 1787 el norteamericano Hamilton que el riesgo de las democracias está en aquellos que «iniciaron su andadura cortejando servilmente al pueblo», y que, mintiendo, haciendo demagogia,

se encaraman al poder diciendo que defienden «los derechos del pueblo»^[15]. Una vez en el poder tienden a arrebatar las libertades en supuesto beneficio del bien común. Hamilton animaba a no eliminar nunca el espíritu de desconfianza hacia el político, pues es la principal salvaguardia de la democracia. En resumidas cuentas, hay una responsabilidad individual y otra colectiva en el avance del totalitarismo, como señaló Hannah Arendt. Es la pasividad, la resignación o la adaptación, incluso la ambición y el miedo, lo que permiten que se instalen esas ideas en la conciencia colectiva. La resistencia, señaló Locke en *Carta sobre la tolerancia*, empieza en uno mismo, cuando la conciencia se rebela contra decisiones gubernamentales contrarias al espíritu con el que se fundó la comunidad política.

LA ATMÓSFERA COLECTIVISTA